

El primer día de *Estanislao Fidel*



Crónica paso a paso, hecha por el papá y con comentarios de la mamá

Escrita en octubre de 2006 y revisada e impresa en el 2013

El primer día de Estanislao Fidel

El anuncio

"... bueno, si las cosas están así, me parece que lo mejor es adelantarlo y no correr riesgos ¿Mañana les parece bien?". Dijo Salama.

De repente, todo se vino encima, tanta espera, tantos cuidados y ahora la cosa se iba a dar en horas.

Lo del doctor parecía atinado: "si lo vamos a sacar... para qué esperar? Que sea mañana, jueves". Pero lo que nos pasaba por la cabeza no tenía que ver con lo razonable que era el médico, sino con enfrentarnos a algo que había estado ahí pero que todavía no parecía del todo real. Después de 18 años juntos, íbamos a tener un hijo, nomás.



Vestidos de gala, en el sillón del comedor, como pasamos buena parte de los nueve meses de espera de Estanislao Fidel Cao Vaco.

Salimos del médico bastante atontados, tomamos un taxi y lo primero que hicimos fue llamarlas a Gaby y a Ceci para decirles que mañana habría un nuevo integrante en la familia.

Si bien estuvimos todo el tiempo pensando en un parto natural, estábamos tan emocionados que no nos preocupó el cambio de planes.

Además, la cesárea tenía algo de bueno. Los últimos dos meses yo había estado paranoico con que me llamaran en cualquier momento al trabajo para un nacimiento de apuro. Me pensaba corriendo de la oficina hasta casa y de ahí en un taxi, que para hacer las veinte cuadras hasta la Suizo se quedara colgado en un embotellamiento. Al otro día titular de crónica "Milagro de Dios: Nacimiento en un taxi"

Si era programado, entonces ya teníamos garantizado que no saldríamos en los diarios. Tendríamos tiempo la mañana del 19 de octubre de chequear todo lo que había que llevar en el bolso, lo que, con nuestra natural obsesión, daba la sensación de estar preparado para quintillizos.

Bueno, juntamos todo paso a paso, y ahí vamos, llamando el ascensor del departamento de la calle Salta, que lentamente sube a buscarnos... que nervios, cuando volvamos, vendremos con un bebé.

La clínica

Llegamos a la clínica, subimos al tercer piso en donde estaban las salas de parto y al salir del ascensor nos pareció que estábamos entrando en un subte a las seis de la tarde: el lugar estaba repleto de familias que habían ido a acompañar a las diferentes parturientas. Una romería, con varios infantes correteando y gritando.

Beatriz - la partera más gorda del universo, según palabras de Salama - ya nos estaba esperando y hacía las veces de gestora ante los empleados administrativos de la clínica.



En casa, un paréntesis para la última foto, antes de salir hacia la Suizo a recibir a Laíto.

La cuestión era que no había cama, y se despachaban las embarazadas para otros lados. A nosotros no nos convencía mucho irnos, porque la Suizo tenía fama de ser muy buena y Beatriz nos decía que ella iba a conseguirnos una cama.

En un momento me acerco a la ventanilla donde se tramitaba la cosa y escucho a Beatriz comentado: "El esposo de Josefina es el segundo del Jefe de Gabinete, Alberto Fernández". Yo, claro, al Alberto lo conocía de la TV, apenas si tenía relación con el en ese entonces subsecretario (Juan Manuel Abal Medina).

De todas formas, la administrativa no parecía muy impresionada, y lo único que podíamos hacer era seguir esperando en el medio del bochinche. Tanto era el kilomobo, que un par de veces salió una enfermera a decir que bajarán la voz o que iba a tener que desalojar la sala que, en rigor, solo estaba habilitada para las parturientas.

En particular, me llamó la atención una chica que estaba con el esposo, a la que se veía bastante mal y que iba a jugar un papel interesante a lo largo de la tarde... Pero no nos adelantemos a los hechos; estamos ahí sentados, la Negra, Ceci - al poquito rato llegaría Gaby - y yo. Cada tanto nos teníamos que parar para darle el asiento a alguna nueva embarazada que llegaba.

A eso de las cinco de la tarde el público comenzó a amainar. Ya eran menos los chicos que correteaban por la sala. Además, yo ya veía que las parejas que estaban adelante nuestro o se habían ido o habían pasado a la sala de parto. O sea que se acercaba nuestro turno.

Porque a todo esto, estábamos medio colgados, no teníamos seguridad de que la fueran a atender... aunque tenía la sensación de que el parto iba a hacerse de una u otra forma.

La negra tenía contracciones cada vez más fuertes y Beatriz, no se si para apurar el paso a la sala de parto o porque era así nomás, decía que el bebé estaba por nacer.

Finalmente, me llamaron desde la ventanilla y empezamos a pasar todos los documentos y papeles que tan prolijamente habíamos venido juntando por meses.

Uno siempre espera que le digan: "Pero esto está vencido" "Falta la boleta de autorización MERCOSUR" "No trajo el certificado de buena conducta". Y el colofón: "Acá no los podemos atender" o "Para poder hacer el parto tiene que pagar en el acto un adicional de 46.165.416.151, 23 pesos"

Así que mientras chequeaba todos los datos, pasaba las tarjetas por el controlador, y revisaba la documentación, iba auscultando la cara de la secretaria a ver si hacía un gesto de que la cosa iba mal y tendríamos que pelearnos a muerte.

Pero no, no hubo nada extraño, todas las rarezas iban a pasar después. La administrativa me dijo que estaba todo bien, que la Señora Josefina Vaca podía pasar a la sala de partos.



Puerta de la clínica y maternidad Suizo Argentina, en donde sucedieron buena parte de los hechos que aquí se relatan.

Caminé entonces los cinco metros hasta el sillón en donde estaba la banda: la Negra (cada vez más de un verde opalino, que es el color que tiene cuando se siente mal), Gabi, Ceci (con Ari, su novio en ese entonces), Angel, Vivi, Casu y Samu. Habían ido llegando y éramos una verdadera multitud pululando junto a otros equipos familiares de espera.

Vimos qué cosas debía llevar cada uno, repartimos varias bolsas para que se las quedaran las chicas y los tíos (cosa que como se verá, hicimos bastante mal) y nos zambullimos en el siguiente paso.

Hacia la sala de partos

--

Pasamos entonces a un lugar que era como una antesala de los lugares en donde se hacían los partos. Una de las paredes era vidriada y tenía corrida una cortina, que

minutos después iba a descorrer para mostrarle a toda la familia a Estanislao recién nacido.

Pasamos a la antesala y allí la Negra se tuvo que cambiar de ropa, operación que, entre la panza y el dolor, tuvo lo suyo. Finalmente, se calzó una cofia y un camisón y pusimos su ropa y los bolsos en un locker, del que me habían dado la llave.

Terminada de cambiar, sólo estuvimos unos segundos acostumbrándonos a la nueva situación, cuando ya la vinieron a buscar. La Negra siguió a la enfermera con bastante decisión, y ahí se va, acompañada por Beatriz, por una puerta que se abriría y se cerraría varias veces más de lo que pensaba en ese momento.

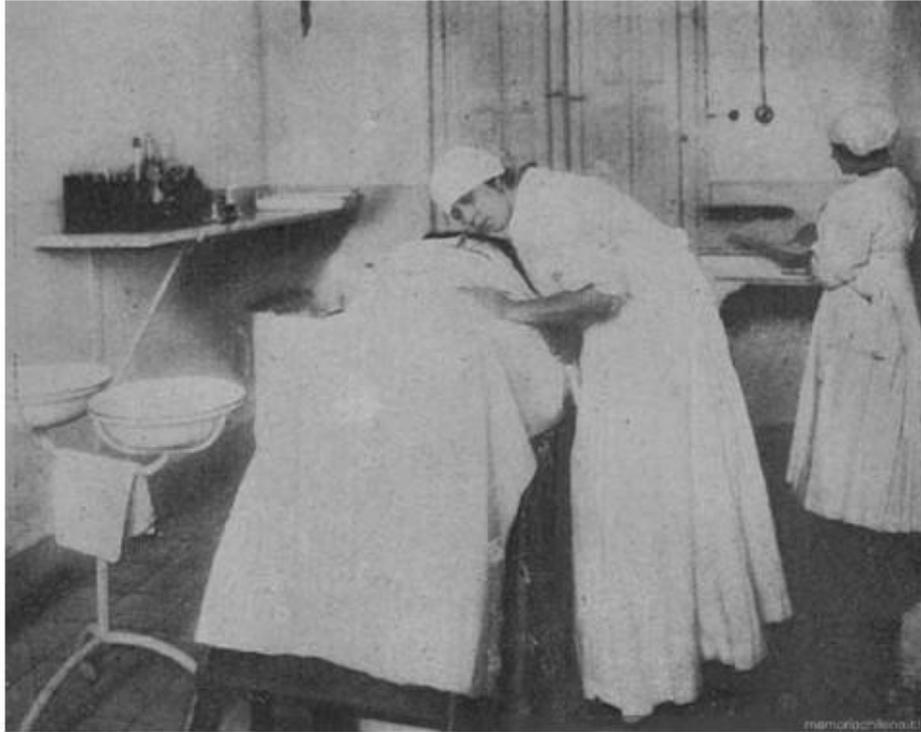
Al principio estaba solo en la sala. Pensaba cosas, por ejemplo, recordaba que en mi opinión, para que todo fuera ordenado, había sostenido que el mejor nombre era Estanislao Fidel Quintino, por ser el quinto miembro de la familia. Pero no hubo caso, algunos en la familia (mejor ni nombrarlos) no consideraron importante el conteo y llevaron adelante una oposición muy cerrada al tercer nombre, por lo que tuve que conformarme con un premio consuelo: Quintino sería el nombre de una mascota de Ceci.

Poco después vino una asistente y me dio la ropa como para que yo también me cambiara. Delantal, cofia, unas telas que debía ponerme por sobre los zapatos. Le pregunté cuanto tardaría en pasar y me dijo que no había apuro, que me cambiara tranquilo. Así que hice todo con parsimonia, para ocupar el tiempo y no ponerme nervioso con la espera.

Cuando empezaba a cambiarme, entró Beatriz: "Y el recipiente para las células madre?, me pregunto". Ahí me di cuenta de que entre las cosas que les habíamos dado para que se llevaran las chicas, estaban los recipientes para las células madre.

Le dije a Beatriz "los chirimbolos los tienen las chicas afuera, ya vengo" me puse las zapatillas y el pantalón de yin de nuevo y me adentré en la antesala. Cual no sería mi sorpresa cuando vi que todos se habían ido.

Me imagine que estaban en el bar de la clínica, por lo que baje las escaleras desde el 3º piso en donde estábamos hacia el entresuelo. Recorrí los dos salones: nada.



Sala de partos, tal como la recuerdo...

Mientras bajaba por la escalera hacia la salida empecé a pensar en qué hacer si no los encontraba. Qué momento, hasta cuando buscar, no me iba a perder el parto... aunque que macana si no podíamos juntar las células madre para Laito. Entonces se me ocurrió llamar al celular de Ceci o de Angel, y con eso amainó el pánico: tenía una forma de salir de la situación. Cuando llamaba y corría al mismo tiempo, en la puerta de la clínica, me cruce a Vivi y me dijo que estaban en el bar de la esquina.

Entré a la carrera, y todos al verme pusieron cara de pánico: no, no pasa nada, es que no lleve los envases para las células madre. Abrí el bolso casi sin parar, y con el envío, enfile otra vez para la puerta y salí disparado hacia la clínica. Como el ascensor no

llegaba, me mande en ritmo de carrera hasta el 3º piso, otra vez la antesala y ahí a esperar que viniera Beatriz para llevar los envases que había ido a buscar.

En ese momento entró otra enfermera, preguntó por mi, le pase el paquete, me dijo si tenía los análisis de parto... Oh!, dije, y un segundo después "cuanto falta para el parto?, cuan importantes son?", porque tendría que repetir la carrera. La enfermera me dijo lacónicamente: "Apurate".

Salí disparado por segunda vez. La gente en la sala de espera no sabía si mi apuro se debía a alguna urgencia o que me había vuelto definitivamente loco. Volví al bar, volvieron a poner cara de pánico, volví a explicar, y volví a salir disparado por la puerta, vereda, entrada a la clínica, escalera hasta el tercer piso.

En cuanto entré vino la enfermera a retirar los papeles y, viendo mi agitación, me dijo "cambiate tranquilo, que todavía falta". "Bueno, que suerte", pensé "no me perdí nada". Ahí recién me di cuenta que había corrido como un energúmeno, y que ni había sentido el tobillo, teóricamente esguinzado desde una semana atrás.

Resoplé para volver a la calma, y otra vez empecé a cambiarme con parsimonia.

Las verdaderas complicaciones

No sabía que la tranquilidad que había empezado a tener de este lado de la puerta, se estaba convirtiendo en complicaciones del otro lado. Es que la anestesia no le estaba cayendo bien a la Negra - me imagino que por eso era la urgencia de los exámenes pre parto - y, si bien la situación no era crítica, las cosas no estaban del todo bien.

La negra se descomponía, medio se desmayaba y todos los médicos estaban en plena actividad para estabilizarla y comenzar la operación de cesárea.

Mi preocupación no era tanto que me pudiera pasar algo malo, como que me tuvieran que dormir y que no pudiera estar consciente cuando naciera Estanislao. Recuerdo que me encorvé y me apoye en el hombro de Beatríz mientras la anestesista hacía su trabajo en mi espalda, (la anestesia era la peridural) de ahí en más empecé a sentirme mal, por momentos me costaba respirar y tener los ojos abiertos, las cosas adquirían otro color y me sentía muy cansada, tenía que hacer un gran esfuerzo para no dejarme llevar por la necesidad de dormir, no sé cuánto tiempo habrá transcurrido pero recuerdo que un momento se acercó Salama, me miro, me toco la cabeza, me dijo que no me preocupara que iba a estar bien y dio la orden de que me pusieran no se qué medicamento que rápidamente inyectaron en el suero. Y así fue, lentamente comencé a sentirme mejor y a presentir que la cesárea era inminente.¹

Pero en la antesala, yo era ajeno a todo esto. Me cambiaba sin apuro, sabiendo que tenía tiempo (me lo había dicho la enfermera), aprovechando, además, para retomar la serenidad que la doble carrera había agitado.



Estanislao en la ecografía 4D, muy parecido al recién nacido. En contra de la idea que nos hicimos cuando nos la entregaron, no era un fraude.

En todo momento estaba pensando en que no debía ponerme ansioso ni nervioso, que estaba todo bajo control. Los puntos complicados ya habían pasado; la confirmación

¹¹ En *cursiva*, los textos de la Negra

del embarazo, el ruido del corazón, el examen genético, los estudios de los tres meses, las ecografías, la increíble filmación en 4D, etc.

Recordaba una conversación con Salama, cuando había dado bien la crucial ecografía de los seis meses "Doctor, le voy a hacer una pregunta brutal: si por alguna razón hay que sacarlo ahora, de urgencia ¿Se salva?" Salama, contestó rotundo "Si no hay que sacarlo por alguna cosa extra, tal cual esta ahora tiene altísimas posibilidades de sobrevivir".

Estaba yo ahí, haciendo esfuerzos por no ponerme nervioso, cuando entró otro padre en espera. Enseguida trabamos charla: era su tercer hijo en poco más de tres años, también era un varón, de nombre Santino, nombre que a mí me reverberaba alrededor de las películas de gangsters. Y mientras hablaba con él, me imaginaba al bebé de "Quien engañó a Roger Rabbit", el que anda en pañales y fuma un toscano.



Herman, personaje de ¿Quién engañó a Roger Rabbit?, mi imagen de Santino, el bebe que estaba por nacer casi al mismo tiempo que Estanislao

La cuestión es que entre esta asociación de ideas y la charla, mi cabeza viajó lejos del lugar y el tiempo fue pasando.

En ese momento se abrió la puerta y entró un tercer padre en espera. Estaba lívido, tenía la mirada perdida, temblaba. "La puta" pensé "este tipo si que está alterado".

Enseguida vinieron a buscar al padre de Santino, así que me quedé con el tipo del estado calamitoso. Primero me quedé callado, porque no quería importunarlo, pero después pensé que por ahí era un tipo impresionable, que tal vez lo iba a ayudar si lo hacía hablar un poco.

No me acuerdo como fue que empezó la charla, pero funcionó como si hubiera apretado el play de un grabador: después de las primeras palabras ya no pudo parar de hablar.

Me dijo que, después de varios años de búsqueda infructuosa y de utilización de los más variados métodos disponibles, habían recurrido a la inseminación artificial.

"Después de cuatro o cinco experiencias frustradas, finalmente mi esposa quedó embarazada... y no sólo eso: esperaba mellizos. Hasta ayer todo iba bárbaro habíamos llegado hace diez días a los seis meses, que era un poco la fecha clave, y el médico decía que venía todo fenómeno. Pero ayer a la mañana tuvo un dolor muy fuerte. A la tarde fuimos al médico y en el monitoreo las cosas no estaban bien, así que quedó internada".

Se detuvo por un instante; tenía la vista perdida, seguía lívido. Respiró como si estuviera dando una larga pitada a un cigarrillo imaginario y cerró el dramático relato: "En un examen de hace un rato me dijeron que uno de los chicos está muerto... y que van a sacar al otro de urgencia a ver si lo pueden salvar".

Nos quedamos un segundo en silencio. Yo pensaba "qué le puedo decir a este tipo que le calme un poco la angustia y que no suene a frase de compromiso. Lamenté no tener una religión; en este caso, se puede pasar el problema como si fuera una pelota: 'Está en manos de dios' Y listo. Ya está, no hay nada que agregar, no hay nada que hacer. Ni

vos ni yo nos tenemos incumbencia, sólo podemos esperar, como espectadores, a ver el desarrollo de los hechos."

Visto en perspectiva, creo que era lo que necesitaba. Tenía una carga de tragedia tan grossa, era tan bravo lo que estaba pasando, que lo había sobrepasado en sus posibilidades de tramitar la situación.

Pero no pude hablarle de dios, así que busqué una salida elegante: "Mira, Chango, según tengo entendido este es el mejor lugar de Buenos Aires para neonatología. Si algo se puede hacer, lo van a hacer acá". Recuperaba así una parte de la responsabilidad. Él había tomado la decisión de traerla acá... y esa era, según mi opinión, una buena decisión.

Estábamos en eso, cuando una enfermera vino a buscarlo. Abrieron la puerta y se fue por el pasillo hacia una sala de parto, cabizbajo, asustado, tembloroso. Al otro día, cuando ya estábamos en la pieza con Laíto, preguntamos y nos dijeron que había salido bien que el bebe y la mama estaban bien, se había salvado...

... y en octubre, de parto

Mientras tanto, con la licencia que un relator puede tomarse para tratar en forma secuencial hechos que ocurrieron de manera paralela, la Negra estaba superando las dificultades de la anestesia. En verdad nunca lo pudo pasar del todo, y tenemos la idea de que los médicos estimaron que lo mejor era terminar rápido con todo, que seguir tramitando un equilibrio que no llegaba.

Fue - siempre hipotéticamente, no? - una decisión que tal vez haya tenido su riesgo, pero que el desarrollo de los hechos mostró como acertada.

Yo había quedado otra vez sólo en la sala de parto, haciendo tiempo. Por supuesto, después de la experiencia pasada, había perdido el aplomo que me permitía planificar

los minutos que tenía por delante. Además, por más que me programaba para hacer vagar mi mente por las provincias periféricas, el fútbol, las clases de la facultad, el 4º congreso de administración pública, las deudas hipotecarias, no podía dejar de tener uncagazo padre.



Primerísimo plano de Estanislao, mostrando su descomunal hermosura, a horas de haber nacido

La cosa se demoraba y ya empezaba a extrañarme tanto tiempo de espera, cuando apareció la enfermera a buscarme: "Vamos, que ya es la hora".

Después de la puerta, se abría una encrucijada en T de pasillos con pisos de goma, que llevaba a diferentes salas de parto y al lugar donde, a los pocos minutos, le harían los primeros exámenes a Estanislao. Enseguida se percibía una atmósfera rara y amigable, un olor como a ozono, una temperatura cálida.

Seguí derecho, por el tramo perpendicular de la T, pasando puertas que llevaban a salas de parto que había hacia los costados, hasta la última pieza, la sala de parto que estaba al final del pasillo.

Entré a una amplia habitación, muy iluminada, que tenía en el centro una cama y en las paredes anaqueles y armarios con adminículos que no hice ningún esfuerzo en identificar.

En la cama, estaba la Negra estaba acostada, rodeada con una especie de cortina en forma de "U" que caía sobre sus costados y que, en el frente, le llegaba hasta el cuello. Por el espacio abierto de la "U" estaban tres o cuatro médicos - o tipos vestidos como tales - inclinados manipulando cosas sobre el cuerpo de la Negra. Entre los médicos, a pesar del barbijo, pude reconocer a Beatriz y a Salama.

Cuando entré, todos se dieron vuelta a saludarme con sonrisas y casi pareció una caricatura. Pienso ahora que todas estas actitudes estaban cuidadosamente ensayadas y estaban dirigidas a generar una atmósfera de tranquilidad en mi, pero principalmente para la Negra.

Pero en ese momento, con todo lo que pasaba estaba como aturdido, era un zombi al que llevaban de la mano. Me acomodaron en la cabecera de la cama, detrás de la cabeza de la Negra que era, obviamente, el lugar cerrado de la "U": Afortunadamente la cortina era lo suficientemente alta como para que yo tampoco viera nada.

Recuerdo que la Negra estaba con una cofia que le agarraba todo el pelo, y que le hacían sobresalir los ojazos azules. "Hola mi amor" me dijo "Hola bebé, va todo muy bien" le dije, aunque no se en qué basaba mi evaluación optimista.

Beatriz estaba un paso atrás de los médicos y me hablaba. "Ahí tenés una banquetta para sentarte" "Tomátené esto (una mascarilla) es oxígeno, ponelo cerca de Josefina". La idea era que lo tuviera cerca de la boca y la nariz.

Hice lo que me pedía como un autómata. Me acomodé bien en la banquetta y empecé a recobrar sentido del espacio que me rodeaba... Beatriz, se ve que se dio cuenta y me dijo "Si te vas a desmayar, que sea contra aquél rincón", apuntando hacia una punta de la sala.

Recordé que en una de las charlas de parto que nos había dado, Beatriz me había hecho notar que en el momento del parto las estrellas eran la Negra y Estanislao. Si quería desmayarme, estaba en todo mi derecho, pero "por favor, no vayas a interferir en la operación".

La verdad era que estaba shockeado, pero no como para desmayarme. De todas formas, mire bien el rincón, y establecí una secuencia de desmayo: ante el mareo previo, me inclino para ir a caer para allá.

Volví otra vez a la sala. Los médicos hablaban entre ellos en un clima de absoluta tranquilidad (otra vez la *actuación* profesional). Los ruidos empezaban a tener sentido en mi cabeza, sobre todo había un ruido de una cosa que parecía que succionaba líquido (una especie de "shuuuuuu" dicho aspirando aire). No era difícil fantasear que estaba en la herida de la operación y que lo que chupaba era sangre.

Traté de sacar esa idea de mi mente. Por sobre el telón que tapaba a la Negra, se veía la cabeza de los médicos operando y se escuchaba como cuchicheaban. Beatriz estaba en un segundo plano, medio metro atrás, como si fuera una reservista. Cada tanto me hablaba como para mantenerme con la cabeza ocupada.

En fin, habrían pasado ya tres o cuatro minutos, no más, y mi atontamiento iba decreciendo. Desde la banqueta en que estaba sentado me incliné hacia la negra y le acaricie los pómulos y ella me sonrió... estaba en eso cuando escuché "ahí viene, viene, viene..." y Salama, que estaba inclinado sobre la panza de la negra se endereza con un bebé en brazos.

La más maravillosa... visión

A pesar de todo el proceso previo y los preparativos, la mecánica concreta me tomó desprevenido. Toda la gestualidad fue una cosa rara, levantar la cabeza y ver el movimiento del doctor irguiéndose con el bebé. Pareció que lo sacaba de un cajón que

había ahí abajo, esperaba que me dijera "acá está el que le toca a Hacho, eso dice en la etiqueta".

Gira Salama y lo veo de cuerpo entero. No lo podía creer. Cara arrugada pero sin llanto (la Negra cree haberlo escuchado llorar). Tenía la piel roja, de un color borravino muy fuerte, y sobre la piel unas manchas circulares amarillas - algunas en la espalda muy grandes, de unos cinco centímetros de diámetro - que es una grasa que tienen los bebés antes de nacer.

En la emoción miré la hora, en mi reloj eran las 19:53, la hora real era 19:36, restando los 17 minutos que siempre tenía adelantado el reloj.

Salama me lo pasó por encima de la cortina que sostenía el campo de operación y yo lo agarré de los costados y se lo acerqué a la Negra, que lloraba sin parar.

Estanislao era increíblemente hermoso, no lo podía creer, nada que ver con otros bebés recién nacidos (Claro, ahora miro las fotos de ese momento y veo una cara arrugada, los pómulos llenos de unas especies de pústulas rojas que parecen granos, los ojitos como un vietnamita, unos manchones amarillos en la piel -me dijeron que era una grasa que suelen tener los bebés- los quiscos negros, largos, parados... no es lo que se dice, al menos en la foto, algo bello). ¿Será que estaba obnubilado? ¿Será que la foto no logró captar la magia que salía de Estanislao ese 19 de Octubre a las casi 20 horas? Yo sólo recuerdo que en el momento pensé, "guauuu, que bebé tan lindo, nunca imaginé que pudiera haber bebés tan espléndidos."

Mucho más que eso, sé que es parte de la radical subjetividad que todos los padres tenemos. Ya me había pasado con Gaby y Ceci, tanto su aspecto físico, como en todas sus expresiones intelectuales y artísticas están cubiertas con un halo de sublime que ponemos nosotros como padres en la mirada.

Los exámenes

Pasaron unos segundos y me dijeron que debía llevarlo a que le hicieran unos estudios. Además, tenían que terminar la operación de la negra y no era muy conveniente, sobre todo para mi salud, que yo me quedaré ahí.

Así que le pusieron una pulsera en el pie con la identificación y salió la enfermera con Laíto para la zona de nurses y yo fui detrás de ella. Estaba un poco paranoico de que me robaran al chango, así que le hacía marca personal como si fuera un atacante contrario en un partido de futbol. Sólo la deje un rato de lado cuando me ofreció que lo llevara yo, y le dije que esperara un segundo para lavarme las manos.



Cambio de pañal a Estanislao en la cama de la Suizo. Nótese la pulsera puesta al momento de nacer en su tobillo y otra con igual código en la muñeca de la madre.

Bueno me lavé las manos con espadol en una pileta que había ahí mismo, y una vez que me acerqué a la enfermera me lo pasó y me dijo "llevalo para allá" señalando una sala al final del corredor llena de aparatología médica, y ahí nomás se fue.

Entré en pánico "Que irresponsable, como me va a dar un bebé a mi, que no se nada ¿Y si se me cae? ¿Y si necesita algo de urgencia?". Por suerte Laíto me ayudó, acostándose contra mi hombro y manteniéndose en paz. En esos primeros días, fueron los únicos con el bebe quieto, después siempre tuvo un estilo baile de sambito.

Caminé hacia la sala, hablándole despacito al oído "Hola Bebé, qué tal, cómo la estás llevando acá afuera, qué te parece este caos de cosas?" pregunta, dicho sea de paso, que no hacía referencia al apellido que acababa de adjudicarse.



Estanislao en la cama de la clínica, un poquito más grande que el control remoto del televisor.

Ahí me recibió una enfermera que me dijo que había que hacerle al bebe unos análisis, que se lo tenía que pasar. La enfermera lo agarró - seguramente con mucha más presteza que yo - y se puso a observarlo minuciosamente.

La enfermera lo miraba por arriba, por abajo, por el costado... Lo miraba, lo miraba, lo miraba. Pensé: En cualquier momento entra la verdadera enfermera y me dice 'otra vezesta loca que se escapa del manicomio. Es buenita, sólo mira a los bebés'. Por suerte no pasó nada, no se si por que no llegó a entrar la verdadera enfermera (y la loca infiltrada pudo hacer su rutina) o porque el procedimiento *mirado intensivo* era el que se considera adecuado para los recién nacidos.

Después de mirarlo, me dijo. Se lo ve bien. Hice gestos de asentimiento, pero en mis adentros pensé "Cómo bien, se lo ve fantástico".

Ahora lo acostó en una especie de camilla y empezó a examinar cada parte. Mientras lo movía me iba comentando: a ver... pestañas, bien... cogote, corto... pelo, largo... dedos, cinco en cada mano.. y cinco en los pies también!, este chico es un genio... (no fue exactamente así, pero no me acuerdo que cosas le veía... sí recuerdo que en cada cosa que analizaba yo miraba su semblante con pánico que encontrara algo que faltara o no estuviera bien, que se lo llevaran a algún lado para hacer exámenes complementarios).

Mi cabeza iba tan rápido que pensaba lo que pensaría si pasaba algo. O sea, si vas a encontrar algo que está mal, esperá, dejame disfrutar este momento, soy inmensamente feliz... después, si algo sale muy mal, recordaré este momento: "qué bárbaro estaba todo antes de que la enfermera me dijera 'acá hay una complicación'"

Porque, como después supe que le pasa a todos, un recién nacido tiene a la vista de los padres el aspecto de un monumento a la fragilidad. Parece casi imposible que sobreviva con los millones de acechanzas microbianas, genéticas, físicas, sociales que lo rodean. Además, es como una nave espacial que está comprimida durante nueve meses en el viaje hacia un planeta, y luego, cuando aterriza, se despliega: ¿habrá algún

proceso que no salga perfecto? Un brazo para captar muestras del terreno no se le habrá atrofiado en la odisea que pasó en la panza de la Negra?

La enfermera dice "está todo muy bien". Fiuuuu, que salvada, y agrega "ahora vamos a hacer otros exámenes" no, carámbanos, pensé que ya habíamos ganado esta batalla.



Estanislao en brazos de la madre, cuando ya había empezado a perder su fantástico color borravino.

Empieza ahora la etapa de la crueldad. Hay que meterle un tubo por la garganta para ver que no tenga obturada la tráquea (un espanto), hay que pincharle el talón para un examen de no seque pindonga, hay que hacerle piquete de ojos y una doble nelson para ver si tiene reflejo defensivo. En esta parte de la aventura estuve unos pasos atrás, porque me impresionaba un poco el tratamiento que, a pesar de todo, era muy profesional y cuidadoso.

Entre medio, Laíto se la banco bastante bien, con algunos llantos muy cortos.

Finalmente, la enfermera termina con los "bien" parciales y dice "todo esta muy bien".

Fantástico, pienso yo, pero no me relajo, porque no se si otra vez me dirá "ahora falta la pericia cuántica".

Pero no, han terminado las pruebas, y el ñato - que es un decir, porque ya de chiquito tenía una napia de aquellas - esta todo Ok. De todas formas, el reflejo de sobreprotección sobre Laíto - que parecía tan débil - seguirá por meses: por ejemplo, levantarnos a mitad de la noche dos o tres veces a ver si está respirando bien.

Bueno, lo dejan en una especie de camilla para bebés en donde le habían estado haciendo todos los análisis, y me dicen: "espere un segundo, que ahora viene la otra enfermera a tomarle unos datos".

Bueno, ahí nos quedamos los dos, Laíto, boca arriba, moviendo las piernas y brazos, y yo acariciándole la cabeza y hablándole al oído "Laíto, te voy a querer mucho, te voy a cuidar un montón. No voy a asfixiarte, pero no voy a dejar que te pase nada malo" (En ese momento Laíto comenzó a hacer ruidos con la boca: estaba comenzando a desplegar el reflejo de chupar la teta). Visto ahora en perspectiva, debe haber sido algo así como una respuesta medio irónica ("este chabón se creará superman?").

Tal vez porque caí en la cuenta de que estaba en mi fase omnipotente, fue que cambie, un poco, el discurso: "Vamos a hacer un montón de cosas divertidas, vas a tener una vida apasionante". "Vamos a jugar al futbol, vamos a viajar, vamos a escribir cuentos, vamos a ir al cerro, vamos a hacer la revolución." (acá, como se ve, había vuelto al tic omnipotente).

Justo que hablaba de la revolución, entró Salama a decirme que había terminado con la Negra, que está bien, que la habían llevado a una pieza a descansar. Escuchó lo de la revolución, habrá pensado "qué fanático este tipo" y me dijo "que cosa, ya lo estás adoctrinando". No era para tanto... o si, no sé, por algo le pusimos Fidel. Era tal vez la herencia más importante que podíamos pasarle, una idea de solidaridad, de igualdad de respeto y lucha por los más débiles y desprotegidos.

Se fue Salama, y pensé si ya estaba empezando a meter la pata como papá, encajándole mandatos desde la cuna nomás, cuando se desocupó la siguiente enfermera y me dijo "traigaló por acá".

Ahí lo pesó (3,265 kg) y lo midió (50 centímetros). Me dijo "esta bastante dentro del promedio". En el kilaje podría ser, pero en la altura había sido una cosa retrucha.

Lo apoyaron en una camilla y le pusieron una regla con el bebé moviéndose a más no poder. Además, le estiraron apenas un poco las piernas rechuecas: de acuerdo a cuanto fuera la presión, podía medir cinco centímetros más o menos. Mientras pensaba esto, la enfermera llenaba unos papeles, y me hacía las preguntas de rigor: nombre del padre, de la madre, edad, hora de nacimiento, nombre, color de piel (rojo!), pelo (mucho), ojos (cerrados), cejas (ninguna), etc.

El baño, el resto del mundo

Bueno, ahora le toca bañarse, me dijo la enfermera.

Así que lo cargué otra vez y fui a la pieza de al lado, en donde lo iban a bañar. Había un piletón grande en donde me re encontré con el colega ex futuro padre, ahora ya papá deSantino.

Estaba exultante, agrandado, casi una caricatura de padre orgulloso y superado (todo lo contrario de mi, que me veía apichonado y con miedo de manipular incorrectamente a eso que tenía entre las manos).

La enfermera, muy cuidadosa, agarró a Santino y empezó a mojarlo. Al bebe mucho no le gustó, pero más o menos los sostuvo. Cuando terminó de refregarlo, agarró un cepillo: había dos, uno celeste y otro rosa, la enfermera agarró el rosa. Cuando empezó a peinarlo, Santino largó el llanto. El padre protestó, medio en broma, medio en serio: "Pero como lo vas a peinar con el peine rosa. Cómo me hacés llorar al pibe!".

La enfermera cambió el cepillo por el de color celeste, terminó de peinarlo, Santino se fue cambiando y se fue con el padre. Le tocaba a Estanislado.

Lo bañó sin problemas: se le cayeron los manchones amarillos de grasa, pero el color rojo no hubo caso, no se le fue. Lo peinaron (la enfermera eligió el cepillo celeste, por las dudas), lo secaron bien, lo envolvieron en una manta y le pusieron un gorrito anudado en un extremo y me lo pasaron otra vez.



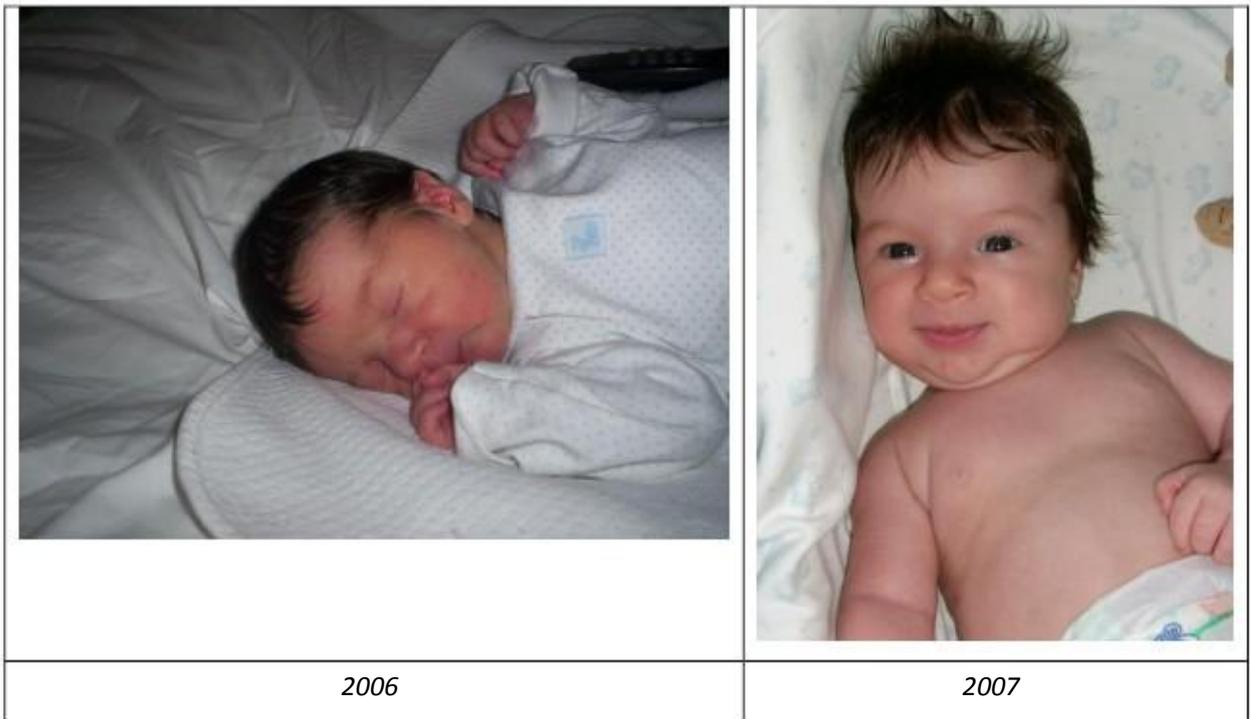
Viendo TV en la habitación de la Suizo donde pasamos la noche y el día siguiente al del nacimiento de Laïto

Pregunté a la enfermera ¿Puedo mostrárselo a la familia? Están en la sala de espera.

Si, andá nomás.

Caminé por los pasillos, hasta la sala en donde todo había comenzado, abrí la puerta y me puse cerca del vidrio. Cuando la enfermera abrió la cortina, puede ver en los ojos de todos la alegría infinita que yo estaba sintiendo.

Estanislao, según fueron pasando los años.





2010



2011



2012



2013